

## HOMILÍA.

NO GUSTAMOS LA GRACIA DIVINA,  
PORQUE NO CONOCEMOS ESTE DON DEL CIELO.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA  
DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

*Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam.*

Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber; tú de cierto le pedirías á él, y te daría agua viva.

*S. Juan, c. 4. v. 10.*

Una de las cosas que contribuyen á manifestar la depravacion de la humana naturaleza, es el empeño de adquirir y llevar hasta lo sumo de la perfeccion los conocimientos ménos útiles, al paso que descuida absolutamente la investigacion de las verdades que mas le interesan. La geografía, la astronomía, la medicina, la agricultura, todos los diferentes ramos de la física y demas ciencias naturales progresan á fuerza de estudio, de observaciones, de trabajos y sacrificios; y la ciencia del espíritu, la ciencia de la Religion, que es la única que puede hacer la sólida y verdadera felicidad de los hombres, se descuida, se desprecia. Qué conducta tan imprudente la del hombre! Aprecia hasta lo sumo unas cosas que son incapaces de satisfacer su insaciable deseo, ántes bien cuanto mas se dedica á su estudio, tanto mejor conoce su ignorancia, y lo mucho que le falta aprender para adquirirse el suspirado nombre de sabio; y tiene en nada lo que nada le deja que desear, pues le infunde la ver-

dadera sabiduría, le asegura la felicidad que es asequible en este mundo, y le pone en camino de conseguir la del cielo.

Compadecido de tan funesto error, y de la miseria á que nos conduce, nos ofrece el mejor y mas entendido de todos los maestros un poderoso estímulo, un completo desengaño en la Samaritana, para excitarnos á conocer y apreciar debidamente el don de Dios, único bien capaz de saciar todos nuestros deseos y ocurrir á todas nuestras necesidades. ;Con qué maestría se hace escuchar de esa pecadora feliz, al anunciarle lo que jamas habia podido ocurrirle á ella! Espera la ocasion en que iba á sacar agua material, para indicarle que hay otras aguas que no conoce, pero que sacian completamente la sed, á diferencia de la que ella iba á buscar, que solo la satisfacía por el momento; y para lograr mejor su intento le pide de aquella misma agua. Era natural que ella se resistiera, por la enemistad que reinaba entre judfos y samaritanos; pero esa misma resistencia esperaba el Señor para poner de manifiesto su intencion. *Si scires donum Dei, la dice, et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo: si tuvieras tú alguna idea del don de Dios, si hubieras fijado alguna vez tu consideracion en los prodigiosos efectos que produce, y supieras quién es el que te pide un poco de agua, acaso le suplicarias tú á él con las mas vivas ansias de tu corazon, que te concediera una pequeña parte de aquel; y accediendo á tan justa súplica, te lo dispensaria en la mayor abundancia; te proporcionaria, no un poco de agua, un raudal copiosísimo de aguas vivas, que del todo y para siempre apagara la sed de tu corazon, que es insaciable por otro medio. No era fácil que aquella mujer venturosa resistiera mas tiempo el deseo de gustar aquellas aguas, cuyos efectos de tal modo le ponderaba el desconocido; así es que siendo ántes suplicada, se convierte en suplicante, como de pecadora se trasforma prodigiosamente en hija predilecta del Señor, apénas este abre en su alma aquella fuente de la divina gracia.*

Esta historia, cristianos, que nos recuerda hoy la Iglesia de Jesucristo, es el-medio mas oportuno de hacernos conocer el don de Dios; por consiguiente es el estudio que debe ocupar con preferencia nuestra atencion. Yo me ceñiré pues en este breve discurso á repetiros tan apreciable documento, excitándoos á buscar con decidido empeño, á pedir con repetidas ins-

tancias, y á trabajar cuanto os sea posible, por adquirir, no solo el conocimiento, sino ademas la posesion de este tan imponderable beneficio. Á vosotros pertenece suplicar al Señor, se digne iluminar mi entendimiento, como el de la Samaritana, para que mis palabras penetren hasta lo mas interior de vuestras almas, y produzcan en ellas el prodigioso efecto que las suyas en la de esta mujer dichosa, y las de ella en los habitantes de Samaria.

Dispensádnos, Señor, esta gracia que os pedimos por la intercesion de vuestra Madre santísima. *Ave Maria.*

Es sumamente doloroso que excitado el hombre por su misma naturaleza á procurarse la felicidad, se decida á buscarla precisamente en aquellos objetos, cuya posesion le hace cada vez mas desdichado. Á esto sin duda contribuye que los pretendidos sabios, léjos de conducirlo por el verdadero camino, ó de mostrárselo al ménos, le extravían mas cada vez con sus malignas instrucciones, con sus perversos consejos. ¡Tán contrarios son los pensamientos de los hombres á los del Señor! ¡tánta diferencia hay entre los caminos de la humana sabiduría y los de la divina Providencia! Dios nos ama de veras; Dios nos procura la sólida felicidad; Dios toma sobre sí nuestras incomodidades, para colocarnos en la senda que guia en direccion á la bienaventuranza. Con este objeto nos busca, nos llama, nos atrae, nos pone á la vista el horroroso precipicio en que damos sin remedio, apartándonos del camino que él nos ha señalado; y si á pesar de esto nos ve caminar hácia él, si conoce que marchamos en derechura á nuestra ruína, entónces, ay! entónces, penetrado de un intenso dolor, todo lo emprende, todo lo atropella, todo lo sacrifica por socorrernos: corre presuroso á encontrarnos en el camino, sin que sean suficientes á detenerle las mayores dificultades y asperezas; marcha rápidamente sin descansar, hasta haber llegado al punto en que su amor le dice que puede hallarnos; se apresura aún á costa de debilitar, de consumir sus fuerzas; aunque rendido en fuerza del cansancio tenga que dejarse caer en llegando. Llega con efecto al lugar á que nos conduce, á él la sed insaciable de nuestra salud, y á nosotros la de esos mentidos y feos placeres que tanto anhela nuestro abrasado imprudente corazon. Llega, y sin tomarse

tiempo para reparar sus debilitadas fuerzas, para reponerse de tan penosa fatiga, para mitigar su sed; da principio á su mision, presentando á nuestros ojos un colirio eficazísimo para curar la ceguedad deplorable de nuestra razon.

Así lo hizo con la venturosa Samaritana, manifestándole el inmenso vacío de nuestro corazon y la imposibilidad de llenarse con cosa alguna de este mundo, ni con todas ellas juntas, pues son miseria, vanidad, nada, y por tanto incapaces de saciar el menor deseo; y haciéndole palpar al mismo tiempo la necesidad indispensable de recurrir al don de Dios, para calmar las zozobrosas inquietudes que nos atormentan, y gozar el suspirado reposo, la saciedad, la hartura bienaventurada, que buscamos inútilmente en esos goces que nos promete el mundo engañoso. Pero ántes la prepara á deseirlo, ponderando sus atractivos y belleza. *Si scires donum Dei*, le dice; si tú supieras lo que es este don de que te hablo; si llegaras á conocer lo que vale, y las utilidades que necesariamente te habia de reportar su posesion...

Mas ¿por qué exponerse el Salvador á las penalidades y fatigas de tan largo viaje, de un excesivo calor, de una sed abrasadora, por dar á conocer á aquella mujer feliz este don de Dios? ¿No hubiera logrado mejor su objeto, y en general conseguiria atraernos á todos con mas seguridad y eficacia, presentando á nuestra vista el descanso eterno, el gozo inalterable, la gloria consumada que disfruta su alma...? Necios! á dónde os conduce el deseo de vuestra felicidad? Verdad es que nada se opone á su brazo omnipotente; pero tan blasfemo seria el que dijera que debe atraernos por este medio, como el que negara poderlo hacer así. Si dejó al hombre en una completa libertad de sumergirse en el abismo de todas las miserias, ¿seria razonable que le despojara de esta libertad, para dirigirse al cielo donde está cifrada su verdadera gloria? ¿seria razonable que el hombre llevara siempre consigo la ignominia de haberse degradado por la culpa, haciéndose por ella merecedor de los tormentos eternos; y que nunca gozara la satisfaccion de saber que habia vuelto á su estado feliz; que se le habia concedido otra vez la justicia, la gracia divina, el amor, la gloria de un Dios, á que por su eleccion se habia hecho acreedor? ¿Conoceria toda la injusticia de su ingratitud, la debilidad é impotencia á que le habia reducido su culpa, y la absoluta imposibilidad en que se

habia constituido de conseguir su felicidad; ¿apreciaria debidamente el don del Señor, si este se lo concediera sin dificultad alguna? ¿Conoceria la infinita benignidad de su Dios, si este le colmara gratuitamente de bienes, sin que por su parte cooperara de algun modo? Ah, inconsiderado pecador! vuelve un momento sobre ti; y si aún no conoces lo que perdiste, si todavía no estás en disposicion de comprender lo sumo de la desgracia que llamaste sobre ti, ven á Samaria; acércate á la ya venturosa Sicar; fija tu vista en ese hombre abatido, extenuado, rendido del cansancio, abrasado de sed; mírale y considera al mismo tiempo que ese es el omnipotente Criador del universo, el ser único que existe en la naturaleza infinitamente perfecto, tu Dios y Señor. Se resiste á creerlo tu orgullosa razon? No es extraño: es demasiado débil, es sumamente limitada para comprender un misterio tan profundo. Y á la verdad que parece increíble tal abatimiento en la infinita grandeza de todo un Dios.

Ó prodigio inefable del amor divino! ó dignacion suma de mi Redentor! Ni las innumerables producciones de la naturaleza, ni la maravillosa estructura del globo, ni las esmaltadas bóvedas del firmamento, ni el esplendente brillo y metódica circulacion de los astros, nada, nada arrebatada de modo alguno mi admiracion, despues de haber visto en tan lastimoso estado á mi Criador, por sacarme á mí del insondable abismo de miseria en que me habia yo sumergido por la culpa. Yo os adoro y os adoraré con el mayor rendimiento, Dios y Señor mio; y tanto serán mas respetuosas mis adoraciones, cuanto mayor sea vuestro abatimiento; porque esa es la señal por donde vuestros profetas nos anunciaron que podríamos venir en conocimiento de vuestra divinidad. Por otra parte, yo sé con toda seguridad que ese cansancio no es efecto de flaqueza, sino de amor y benignidad. En cuyo caso podria yo dejar de amaros? Al contrario, mi corazon deberia arder, abrasarse, consumirse en el fuego de vuestro amor.

Así deberia ser, cristianos; porque no es sola la Samaritana el objeto de sus viajes y fatigas; tambien lo fué todo el género humano, que en los senos de su eterna sabiduría vió sumergido en la mas deplorable ceguedad, en la ignorancia mas funesta, que no solo le hacia del todo inhábil para conocer el don de Dios, sino que ademas le inducia á huir de él, en lugar de bus-

carlo. Entónces fué cuando resolvió emprender, y emprendió efectivamente, el dilatado y penosísimo viaje, en el que tuvo que atravesar el inmenso espacio que separa el cielo de la tierra, la eternidad del tiempo, al Criador de la criatura. Y como si todo esto fuera aún insuficiente para demostrar al hombre lo intenso de su amor, se dignó, para exigir su gratitud y correspondencia, para inspirarle una idea del soberano don que habia miserablemente perdido, y el aprecio en que debia tenerlo, cargar á su misma presencia con el enorme peso de la cruz; trepar con él por la aspereza de un elevado monte; caer en tierra oprimido del peso y rendido de la fatiga; en cuyo lastimoso estado se reclinó sobre la fecunda fuente de aguas celestiales; y procurando excitar desde allí la compasion, no solo de una pecadora, sino de todo el universo, para derramar á torrentes la felicidad sobre todos los hombres, pidió con la mayor angustia y á grandes voces un vaso de agua, con que templar la sed mortal que le devoraba.

Sí, señores; una sed mortal; una sed que llegó á darle la muerte. Considerando ahora que ese hombre era el autor de la vida, acerquémonos á la fuente misteriosa de Sicar; subamos al Calvario; y en el cansancio, en el abatimiento, en los dolores, en su muerte afrentosa veremos lo que vale el tesoro de la divina gracia que nos ha robado la culpa; sabremos las lágrimas con que debemos llorar tan sensible pérdida, y el esmero y diligencia que debemos emplear para recuperarlo.

No un ayariento, no un ignorante, no un injusto; el infinitamente justo, sabio y misericordioso fué el que no se contentó con el valor de los tesoros criados, y exigió como precio de este imponderable don la sangre preciosa, la vida inocentísima de su Hijo unigénito. Y si todo un Dios llegó á apreciarlo de este modo sin tener la mas mínima necesidad de él, ¿cómo deberemos apreciarlo nosotros, á cuyo favor se dispensa, y siéndonos tan necesario, como que sin él somos los mas infelices entre los seres criados? Mas nosotros por una incomprensible monstruosidad lo despreciamos por el contrario, tenemos la insensatez de repelerlo. Digo mal; esto no es incomprensible; la falta de conocimiento ocasiona en nosotros tan imprudente conducta lo mismo que en la Samaritana. Ah! si lo conociéramos perfectamente, si tuviéramos siquiera alguna idea de este precioso don, no descansaríamos hasta conseguirlo, porque cono-

ceríamos al mismo tiempo que en él, y solo en él se cifra esa felicidad, cuyo deseo nace y crece con nosotros; que sin él, todos cuantos esfuerzos hagamos por ser felices, se convierten en medios seguros de nuestra mayor desdicha.

*Si scires donum Dei...* Si el ambicioso formara alguna idea de la gloria que disfruta una alma, desde el momento en que los resplandores de la gracia divina se difunden por toda ella; si llegara á persuadirse de que al punto la rodean solícitos los ángeles del cielo, para servirla y defenderla de todas las asechanzas de sus enemigos; si alcanzara á descubrir ese terror que infunde á las potestades infernales, y esa tranquilidad que hace envidiable su suerte á todas las criaturas; si viera su nombre escrito entre los de los hijos amados de Dios... *Si scires donum Dei...* Si el avariento tuviera noticia de las riquezas que posee el alma que hace suyos el precio inestimable de la sangre del Cordero inmaculado, y todos los celestiales tesoros con que el Omnipotente consume la felicidad de tantos millones de ángeles... *Si scires donum Dei...* Si el voluptuoso, suspendiendo un momento el goce de esos torpes deleites que estragan su corazon, consiguiera gustar, una sola vez y en la cantidad mas mínima, las puras delicias en que se halla inundada el alma que consigue, como otro amado discípulo, reclinarse en el amoroso seno de su Dios... *Si scires donum Dei...* Ah! qué rápida, qué venturosa trasformacion se advertiria luego en el mundo! qué reforma tan prodigiosa de costumbres! cuántos modelos de piedad, de Religion, de virtud cristiana! Y ¡cómo asegurarian los mortales el goce de aquella felicidad, que tanto anhelaban, y que buscaban en vano en los placeres de la carne!

*Si scires donum Dei...* Es posible, Señor, que haya de ser inefable un don como este? Si vuestra sapientísima providencia no quiere la ruína de una sola alma; si desea positivamente que todos, todos sin la menor excepcion consigamos esa dicha para que nos habéis criado; cuya idea habéis impreso tan fuertemente en nuestra alma, y cuyo deseo habéis inspirado á nuestro corazon; ¿habia un medio mas eficaz de conseguirlo que el de hacernos entender á toda costa, el de darnos á gustar ese deliciosísimo placer? Qué ignorante, ó qué perverso es el que se exprese de este modo! ¿Hay por ventura alguno que pueda decir con verdad, que el Señor se lo ha negado, habiéndolo él pedido con sinceridad? Blasfema seria, sobre inexacta esta acu-

sacion, porque nadie deja de gustarlo sino el que formalmente lo menosprecia; porque nadie deja de conocerlo sino el que cierra sus ojos al brillante resplandor de la fe, de la razon y de la experiencia. La fe. La abundancia, la suavidad y delicias de la tierra de promision son una débil sombra, una miseria y amargura, si se comparan con el venturoso cúmulo de bienes que goza el alma, engrandecida con el don precioso de la gracia; y á pesar de eso nadie será tan osado que se atreva á decir, que no era digno de la omnipotencia ejecutar tantos y tan estupendos prodigios, para poner á su pueblo en posesion de aquella tierra, que será convertida mañana en cenizas por disposicion del mismo que se la concedió ayer como un tesoro inapreciable. La razon. Reúnanse todos los filósofos y agoten sus ilustrados talentos, su fecunda imaginacion en inventar medios de hacer felices á los mortales: jamas llegarán á descubrir uno tan eficaz, tan seguro como el testimonio de la buena conciencia. Para rechazar la calificacion que pudiera hacerse á mis palabras de ridículas preocupaciones, no necesito valerme de la autoridad de los discípulos del Crucificado: los filósofos gentiles, y aún los poetas, educados entre la densa niebla de la infidelidad, aseguran sin reparo que no hay, ni es posible que haya en la tierra estado mas feliz y apreciable que el del justo, á quien no puede atormentar la cruel y punzante consideracion de sus delitos. Ni supongo conveniente expresarlos por ser bien conocidos de todos, ni el tiempo lo permite. La experiencia. Si nos fuera dado penetrar el interior del hombre; si descubriéramos lo que pasaba en el corazon de un Job y un Sardanápalo, de un Lázaro y un Rico avariento, de todos los mártires y sus tiranos, de todos los justos y todos los pecadores: si el Señor nos concediera sondear las almas inocentes, que en su retiro derraman tan abundantes lágrimas de compasion por el lastimoso desarreglo, por la dolorosa insensatez de un siglo, que hace tan sacrilego menosprecio, que tan locamente critica y aún persigue en los justos la piedad verdadera que no conoce; aquellas almas que sin otra diligencia que entrar dentro de sí mismas, hallan el mas eficaz lenitivo contra todo género de aflicciones, y un escudo impenetrable contra los fuertes obstinados ataques de la persecucion; un medio seguro de convertir en la mas deliciosa suavidad las rigurosas asperezas de la penitencia, y en la mas exquisita dulzura las amarguras de la mor-

tificacion, que tan crueles é insufribles le parecen al pecador; aquellas almas, que en la familiar y continua conversacion con Dios gustan anticipadamente el néctar delicioso que produce en los ángeles una bienaventurada embriaguez; ah! entónces se descorreria ese túpido velo que impide ver á los imprudentes hijos del siglo la belleza, el candor, la dulce paz, el gozo imperturbable, el inmenso cúmulo de bienes, la consumada gloria que disfrutan. Si así fuera, se presentaria tan preciosa imágen á la vista de los que intentarían subir por la senda resbaladiza de la gloria mundana, y les haria ver que el horroroso abismo en que irremisiblemente iban á precipitarse, es bien diferente del lugar que á ellas está destinado en el cielo: se descubriria al avariento ocupado en reunir los tesoros, con que espera saciar la sed hidrópica de su avaricia, y le convenceria de que la mano ratera del ladron, el puñal del asesino que á cada paso le parece amenazarle, la voracidad de un incendio, tan imprevisible como inextinguible, los resultados de una guerra desoladora, las terribles convulsiones de un terremoto, el horrisono estallido de una tempestad, la exposicion de una dolencia aguda, de la muerte, de todo lo que por cualquier medio puede contribuir á arrebatárselos de entre las manos, todos son temores y sobresaltos que ellas no conocen: se haria presente al voluptuoso y le diria: cuando en el momento que estás gozando ese tan ponderado placer y se arruga tu frente al recuerdo de la infamia, de la pérdida de lá salud, del hedor del sepulcro que te anticipas por medio de tu disolucion, de la ira de un Dios que de improviso reduce á cenizas ciudades enteras por entregarse á semejantes desórdenes; entónces estamos nosotros nadando en un piélago insondable de dulzuras, que nadie, nadie en este mundo puede arrebatarnos; y que aún la muerte misma las asegura, las hace inalterables, las acrecienta hasta el infinito.

*Si scires donum Dei...* Ah! si tuvieran los pecadores la dicha de gozar por un solo momento la tranquilidad que disfrutan estas almas bienaventuradas, ¡cuán de veras se dolieran de los insultos y mofas, con que á cada paso procuran arrebatarnos tan envidiable dicha, retrayéndolas de sus piadosos ejercicios! ¡Por cuántos medios procurarían ellos mismos hacerse participantes de tan venturosa suerte! ¡Con qué gusto renunciarían á lo que el mundo les presenta como mas apreciable! ¡Con cuánta sa-

tisfaccion se abrazarian con la cruz de la mortificacion, se deleitarían en las espinas, y se gozarían en todo género de austeridades y privaciones! Pero ay! que aunque los venturosos pecadores arrepentidos quisieren demostrarles la incomparable preferencia que por todos títulos se debe al estado feliz de justicia sobre el miserable de la culpa, todo es inútil por desgracia, pues ellos ni tienen ojos para verla, ni razon para poderla comprender.

Solo tú, don verdaderamente celestial, solo tú, insinuándote con la dulce suavidad de tus gracias en el corazon de los mortales; solo tú, dándote á gustar al pecador, despues de haber preparado su enfermo paladar, para que pueda percibir tu gusto infinitamente exquisito y delicioso; solo tú eres capaz de convencerlos, de persuadirlos, de moverlos, de triunfar de la resistencia de su corazon, de ablandarlo, de dominarlo completamente. Desciende pues, ó don divino; descende. Espíritu vivificador, ya que por tantos medios te has dignado manifestarnos los vivísimos y eficaces deseos que te animan de hacernos felices; ya que te has humillado hasta implorar de tus criaturas el alivio de los males, á que solo por su amor has querido sujetarte; ya que, como buen médico, te has visto precisado á descubrir las profundas llagas de nuestro corazon para curarlas radicalmente; ya que con esa severidad efímera de la tribulacion nos has puesto en el caso de reconocer nuestra culpa, confesar nuestro error, publicar nuestra ignorancia, descende; insinúate con la suavidad efficacísima de tus gracias en lo mas íntimo de nuestras almas; destila en ellas una sola gota, un solo vapor de esas aguas de vida eterna, que apagan la sed ansiosa de los bienes miserables con que vive cruelmente atormentado nuestro corazon. El mundo todo no es capaz de resistir á la eficacia de tu poder: descende; no seamos nosotros de peor condicion que la pecadora de Samaria. Si el hombre insensato se asusta al oír tu nombre, es porque jamas ha tenido la dicha de gustarte: tambien la Samaritana se sorprendió y se resistió á creer la primera vez que se la propuso el Salvador; y á pesar de eso se prestó á sus amorosas instancias, luego que le aseguró ser él mismo ese don, y el que lo dispensaba. Haz que resuepe sin cesar en nuestros oídos aquella verdad, *Ego sum qui loquor tecum*; y es segura nuestra felicidad.

Pero es preciso, señores, que cooperemos nosotros: es ab-

solamente necesario que acojamos humildes esa verdad y nos afanemos por merecer el don de Dios. Corramos ansiosos á las fuentes vivas de los sacramentos que nos tiene preparadas la misericordia divina; bebamos con avidez las aguas deliciosas de la salud, únicas capaces de apagar la sed insaciable de nuestro corazón y de asegurar nuestra felicidad en la tierra y en el cielo. Amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

